



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Conde Aranda, 7 **SEMENARIO INDEPENDIENTE** TALLERES: Plaza de la Constitución, 1

PRECIOS: Número suelto 0'20. — Por suscripción, 0'75 al mes. — España, 2'75 trimestre. — Extranjero, 13'50 al año.

AÑO I



AGUILAS 4 DE DICIEMBRE DE 1927



NÚM. 23

CRÓNICA

Los ocultos senderos

Acaso los partidarios del realismo en arte, sean, inconscientemente, los más enemigos de la realidad. Y al revés. Porque, si bien se mira, los que a las obras literarias o artísticas les cuelgan los sambenitos de «eso no es real» «eso es absurdo», etc., no hacen más que poner puertas a la realidad y en la vida, limitando así el campo en que éstas se desenvuelven.

Los partidarios del realismo no admiten sino a regañadientes lo inesperado. Y sin embargo, lo inesperado y lo casual han gobernado hasta ahora, el mundo. Inesperado fué el rápido encumbramiento de Napoleón; inesperado, también su vertiginoso descenso. Asombra el pensar la lucha que en el cerebro de Carlos I se desarrollaría para obligarle a dejar las pompas humanas, confinándose al retiro de un monasterio. ¿Y la trágica muerte de Isadora Duncan? ¿Queréis algo más absurdo, más tristemente absurdo? Fijaos ahora en la revolución rusa: siglos y siglos de despotismo; siglos de opresión bajo la férrea mano de los zares. Parecía que esa mano no iba jamás a debilitarse. Y, de repente, «como un ladrón en la noche» — no recuerdo de quien es la frase — llega la revolución, derribando coronas, aboliendo poderes, cercenando cabezas. Lo inesperado y lo casual, lo anormal y lo absurdo se dan con tanta frecuencia, que lo inteligente es sentarse a la puerta a aguardar pacientemente a lo inesperado.

Lo absurdo, mejor dicho, lo necio, es dotar de un solo camino a la realidad. Las narraciones, los cuentos, las novelas que

no ambulan por ese camino, son considerados por ciertos dómínes como irrealles. Pero, a pesar de todo, la Vida, afortunada o desgraciadamente, no discurre por un solo camino. A veces se interna por ocultos senderos, por caminitos ignorados, al final de los cuales florece inesperadamente una rosa, o brota una zarza, aguda e hiriente como un puñal. Lo grotesco y lo trágico, el suceso nimio que cambia nuestra existencia, y el suceso grande que no nos hace ninguna mella... Todo eso nos acecha siempre. Y viene, normalmente, de un modo anormal, absurdo, cayendo inesperadamente sobre nuestros cuerpos.

He aquí un hecho normal. Y perfectamente paradójico. Lo han relatado estos días los diarios. Dos seres: un hombre y una mujer. Se conocieron en plena juventud, cuando frente a ellos extendíase una amplia avenida luminosa; cuando el horizonte de ambos surgía, taladrado por los cantos de los pájaros y por mil rayos de sol. Se unieron. El cálculo, la voluntad paterna les llevaron tal vez, ante el altar. Pero acaso fuese el amor. Y quizá se jurasen cariño eterno, vivir el uno para el otro, hacer una sola alma y una sola vida de las que hasta entonces, fueran dos almas y dos vidas distintas. Parecía que nada podría desunirlos, y fueron ellos, ellos mismos, los que un día acordaron separarse. ¿Por traición, por infidelidad de alguno? Quizá, más sencillamente, por estar sus caracteres en pugna, por ser diferentes sus lenguajes espirituales. Y pasa el tiempo. Ella se halla en el extranjero; él, no se sabe dónde. Treinta años más tarde y con diferencia de unos días, llegan al hospital de X dos seres: un hombre y una mujer. Esta viene de lejanas tierras; no se sabe de dónde viene él. Son los que treinta años an-

tes, se unieron «para siempre», los que se juraron amor eterno, los que decidieron fundir sus almas y sus vidas. Están muy cerca el uno del otro, bajo el mismo techo, y, no obstante ¡qué lejos! Ninguno de los dos sabe que el otro se halla en el hospital. Y un día muere él. Y al otro, ella. «Ambos cadáveres — dicen los diarios — fueron trasladados al depósito del cementerio, donde pasaron juntos la noche de este último día». Aquella noche la campana del cementerio debió de tocar a bodas, mientras los que reposaban para siempre integraban el cortejo de aquellas nupcias en que la Muerte actuaba de madrina...

Y bien: ¿queréis algo más absurdo, más tristemente grotesco, más terriblemente irreal? La muerte, gran disociadora; que separan al padre del hijo, y extingue los odios y los amores, junto a estos dos seres que un día se unieron y otro día acordaron marchar por rutas diferentes. Y es que, frente a todos los dómínes, frente a todas las teorías, está la realidad, que a veces tiene más fantasía que todos los poetas juntos. Contra lo lógico, contra lo que se espera, se alza el Destino, que gusta de piruetear burlescamente sobre los trapecios de nuestras vidas...

DIEGO PRADO DEL AGUILA

Fernet-Branca

De venta: Casa de Jaime Rivera,
Casa Tudela-Bar, Repostería
del Casino, Bar Flor, Plaza Abastos, 6

CASA FUNDADA 1878.

JUAN LÓPEZ CANO
AGUILAS

COÑAC FLORIDO-JEREZ QUINA TRIUMPHATOR

